

Entrada desde la Perspectiva Espiritual Jesús en el centro de nuestra vida



El gran desafío que tenemos los seres humanos, creyentes o no, es encontrar caminos nuevos para hacer que la vida sea más humana, digna y sana. Pero, además, los seguidores de Jesús, necesitamos nutrirnos de su estilo de vida. Ese modo de ser y actuar de Jesús, hacía renacer en las personas que se encontraban con Él, la esperanza de un mundo más fraterno y solidario. Imitándolo, nosotros seguiremos siendo hoy, colaboradores del proyecto del Reino de Dios. La pregunta es: ¿Cómo?

El hombre moderno experimenta una pérdida del sentido y de horizonte en su vida; esto le causa inseguridad y desconfianza a causa de un progreso desmedido, en detrimento de él mismo. La ciencia, la tecnología, la medicina, la informática, y los numerosos avances en diversos ámbitos de la ciencia y la técnica no han logrado satisfacer el profundo deseo que existe en él, de amar y sentirse amado.

Es cada vez mayor el número de personas que manifiestan abiertamente la insatisfacción que hay en sus vidas. Tienen todo, o al menos así lo creían, para ser felices, pero no lo son; esta es quizás, la frustración y la pobreza más grande de este siglo.

El hombre y la mujer de hoy, a pesar muchas veces de vivir en un mundo que les ofrece numerosas alternativas, carecen de lo fundamental para vivir.

Padecen hambre, pero no como los hombres que no tienen qué comer y vagan por las calles alimentándose de lo que encuentran en los tachos de basura, sino que es un hambre feroz y brutal que los va matando de inanición afectiva y espiritual, porque les falta sentirse amados por Dios y por sus semejantes.

Aún sin plena consciencia de ello, estamos en búsqueda de que Jesús y su proyecto del Reino, vuelvan a ser el centro de nuestra vida. Por eso, necesitamos situarnos en el corazón del mundo, con una espiritualidad centrada en el Corazón de Jesús: un corazón compasivo y misericordioso que se involucra en la vida de las personas para que ésta sea más digna.

Pero esta nueva manera de situarnos será posible si recuperamos la relación personal y afectiva con Jesús. Del encuentro personal e

irreemplazable que tenemos con Él en la oración, brotarán de nuestro interior los sentimientos y las actitudes que movilizaron el Corazón de Jesús cuando vio el sufrimiento de tanta gente. Él buscó ante todo que la existencia de las personas sea más digna, y propuso con su vida un estilo particular para que el mundo sea más justo. Acercándonos al corazón de Jesús, nos acercamos también a sus sufrimientos y a sus sentimientos por todos, Él nos conduce a una misión de compasión por el mundo.

Necesitamos dejar que el Amor de Dios nos alcance. Pero antes de entusiasmarnos por su causa o su misión concreta, necesitamos cultivar una relación personal con Jesucristo. Entrar en amistad profunda con Él. Sólo después podremos apasionarnos por su proyecto de una vida más humana, sana y dichosa para todos.

Es Su amor el que forjará en nosotros el estilo de vida que nos hará seguidores y colaboradores en su proyecto del Reino. El corazón del apóstol, que no deja de ser discípulo, debe estar siempre a la escucha de la voz del Maestro.

En el espacio sagrado de la oración sintonizamos con los sentimientos de Jesús de tal manera que poco a poco, y de manera invisible, va aconteciendo un “verdadero trasplante de corazón” hasta que asumimos su modo de ser y proceder. El Espíritu nos enseña a mirar las cosas con sus ojos, a sentir como Él, y a desear que el mundo se transforme en el Reino de Dios.

El amor del Padre manifestado en Jesús no es teórico. Él no lo expresó sólo en palabras, sino que lo hizo concreto con gestos de compasión y misericordia. Por eso nuestra manera de seguir a Jesús debe estar signada por su modo de proceder. Sólo así los apóstoles de Jesús podremos reflejar un rostro más parecido al suyo.

Contemplar la vida de Jesús.

Si queremos llegar a conocer en profundidad a Jesús es necesario conocer su vida, su estilo, su modo de decidir y actuar. En los Evangelios y libros del Nuevo Testamento encontramos relatos sobre su vida en este mundo que son luz y guía para la nuestra. Sólo dedicando tiempo a “comer” y alimentarnos de esta palabra, fuente de vida en abundancia, podremos entrar en amistad profunda con Jesús, el Hijo de Dios.

Leer los Evangelios y contemplar la vida de Jesús es un modo de orar, de entrar en intimidad con el Señor y dejar que su vida interpele la nuestra y nos conduzca a un camino de transformación interior. Contemplar el Evangelio es detenernos en las imágenes, mirar, ver, escuchar lo que de los relatos de la vida de Jesús nos dicen. Permitir que los detalles de los personajes, de la escena, se nos vayan quedando “impregnados en el corazón”, hasta que los “tics” de Jesús, sus gestos, sus modos de pensar, de sentir, de mirar, de actuar se vayan reflejando en los nuestros.

San Ignacio de Loyola en su libro de Ejercicios Espirituales, pone a prueba al ejercitante antes de proponerle el seguimiento a Jesús. Como persona formada en las artes de la caballería, estaba bien empapado de lo que significaba “seguir al rey”. Recrea así, un llamado que hace a sus súbditos un rey querido y respetado, para sumarlos a su causa. Y les dice “quien quisiera venir conmigo, ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos. Este santo intuía que quien se decidiera a seguir a Cristo, tenía que contar con la disponibilidad suficiente como para entusiasmarse con proyectos humanos, con causas de valor conducidas por personas de bien. Pues si esto no se “comprobaba”, el seguimiento a Jesús podía ser una fantasía o utopía de la persona. Así San Ignacio introduce a la persona en probarla en un seguimiento concreto y palpable. Y este ejercicio ayuda al ejercitante a “medir” la realidad de la determinación de su seguimiento al “Rey Eternal”, Jesucristo. Es decir, es una ayuda que luego le facilita medir el grado de “autenticidad” de su decisión. ¿Has pensado que capacidad tienes para entusiasmarte en el trabajo de proyectos humanos de bien? O ¿En el seguimiento de proyectos de otros que ayuden a construir valores como el bien, la verdad, la justicia o ayudar a los más frágiles? ¿Qué cosas te entusiasman o comprometen tu entrega, tu tiempo, tus bienes, tu disposición interior?

San Ignacio de Loyola en otra parte de su libro de Ejercicios Espirituales, invita a pedir “conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre”, es decir conocerlo íntimamente, cómo es su corazón, qué cosas lo conmueven, qué desea, qué espera. ¿Para qué? Para más amarlo y seguirlo. San Ignacio “descubrió” que, para seguir a Jesucristo, hay que amarlo profundamente y en libertad, y para amarlo así hay que conocerlo. No se ama a quien no se conoce. Y el gran misterio de amor está en que cuanto más conocemos a Jesús, y más nos adentramos en los rasgos de su vida en la tierra, más caemos en la cuenta de que el seguimiento es un dejarnos amar y conducir por Él.

Pues Él tiene la iniciativa, Él hace la invitación y la propuesta, y a nosotros nos resta acoger y decidirnos a seguirlo. Pero esta experiencia no es una teoría, ni una declamación sino una experiencia de vida que sólo podremos hacer, haciendo camino con Jesús, contemplándolo en los Evangelios, dejándonos reflejar en su vida, dejando que el contacto con su palabra nos transforme. Otra vez San Ignacio nos da una guía para “hacer el ejercicio de contemplar”, ver a las personas del relato, oír lo que dicen y mirar lo que hacen y luego considerar, es decir dejar que la imagen nos diga algo, nos refleje alguna cosa y nos haga eco en el corazón. Y de eso sacar un provecho para nuestra vida.

Seguir a Jesús es por tanto sumarnos a Su proyecto, trabajar en Su misión, pero con Su estilo, viviendo Su Vida, sus gestos, sus modos, haciendo nuestro su modo de proceder para que nuestra vida refleje la suya. Y esto sólo nos alcanzará si nos dejamos transformar por la contemplación de su vida para que se haga vida en la nuestra.

